



Observaciones del cardenal Wuerl

National Press Club | 18 de junio de 2015

Junto con la copia sin publicar de su carta encíclica, *Laudato Si'* (Alabado seas), estaba la nota de puño y letra del papa Francisco a los obispos. Típico de su estilo pastoral, el mensaje era una referencia breve pero cálida a nuestro lazo de unidad, caridad y paz y un pedido de oraciones para él. Aquí observa que el enfoque de la carta es sobre El cuidado de nuestra casa común. Para mí, esto resume la esencia de la encíclica.

Mientras leía *Laudato Si'*, que fue publicada hoy, lo que primero que vino a mi mente fue la magnificencia de la Creación de Dios y cómo está destinada a ser compartida por todas las personas de cada generación. También es claro que tenemos que cuidar de ella para que no sea explotada ni degradada, de manera que las generaciones futuras también puedan disfrutar de las bendiciones de nuestra casa común.

Es en esta luz que el Papa considera que “el urgente desafío de proteger nuestro hogar común incluye preocuparnos por unir a toda la familia humana para buscar un desarrollo sostenible e integral, porque sabemos que las cosas pueden cambiar” (13).

Claramente, como pastor y maestro, el Papa subraya que está hablando de una larga tradición de aplicación de la fe católica a las condiciones y circunstancias actuales de nuestros días. De hecho, él lee “los signos de los tiempos”. La encíclica también es una invitación. El Papa nos ofrece “un llamado urgente para un nuevo diálogo sobre cómo estamos forjando el futuro de nuestro planeta. Necesitamos una conversación que incluya a todos, ya que el desafío ambiental que estamos sufriendo y sus raíces humanas nos preocupan y nos afectan a todos” (14).

Como ha sido el caso con cada una de las encíclicas sociales que se remontan a *Rerum novarum*, sobre la Condición del trabajo humano, en 1891, nuestro santo padre describe los problemas actuales. Aquí descubrimos lo que él llama el punto de partida para un “nuevo análisis de nuestra situación actual” (17).

Me parece muy favorable la decisión del Papa de empezar con datos empíricos y las conclusiones basadas en la investigación científica. El documento no puede descartarse por ser simplemente “abstracto”. La encíclica reflexiona sobre la contaminación y el cambio climático, el acceso al agua dulce y los problemas globales derivados de “una mayor escasez de agua” (31). Habla también de una pérdida de la biodiversidad, puesta de manifiesto en la desertización de partes importantes de la tierra. En este capítulo introductorio, nuestro santo padre señala la disminución en la calidad de vida humana y la disolución de la sociedad, por ejemplo, que se asocia con lo que él reconoce como “la desproporción y el crecimiento irrefrenable de muchas ciudades que se han vuelto insalubres para vivir no solo por la contaminación causada por las emisiones tóxicas, sino también como resultado del caos urbano, del transporte deficiente y de la contaminación visual y el ruido” (44).

Mientras que se puede priorizar de diferentes maneras la variedad de problemas que plagan nuestro mundo hoy, lo que nuestro santo padre destaca es una serie de hechos que piden un análisis moral coherente y un rumbo por el bien de todos nosotros en este planeta y del planeta mismo.

De esta manera, nuestro santo padre encuentra su punto de partida en la dignidad de la persona humana como parte del plan de Dios en la Creación.

El papa Francisco destaca que “la vida humana está basada en tres relaciones fundamentales y estrechamente ligadas: con



Observaciones del cardenal Wuerl

Dios, con nuestro prójimo y con la tierra misma” (66). Estamos llamados a cooperar con el diseño de Dios en nuestra relación con el prójimo y con el mundo natural.

Una “ecología humana auténtica” otorga una visión católica del mundo al debate medioambiental que nos ayuda a ver más claramente la lección moral de la historia de la Creación. Hombres y mujeres son llamados a vivir en paz con Dios y en el mundo natural. Debe haber una armonía cada vez más nítida entre los esfuerzos por parte del medio ambiente y aquellos que promueven el desarrollo integral, incluido el desarrollo económico y humano. Esta es la ecología humana que forma parte del foco de esta encíclica (cf. 5).

Ninguno de nosotros puede reclamar la propiedad absoluta sobre los bienes de la tierra; Dios nos dio su Creación para compartirla. Le agradecemos al papa Francisco por darnos esta encíclica para explorar más a fondo nuestras responsabilidades hacia el bien común de nuestras comunidades locales, nuestro país y nuestros prójimos en todo el mundo.

Nuestro santo padre nos habla como un pastor que nos ofrece una orientación moral, no un conjunto de propuestas de políticas. Haciendo mención a los temas de la ecología humana, el cuidado de la Creación, el cambio climático, la cultura del descarte y el llamado a construir una cultura de solidaridad y encuentro, expresa su preocupación por que estamos perdiendo la actitud de maravillarnos, contemplar y escuchar a la Creación (cf. 225). La encíclica también nos ofrece la oportunidad de examinar nuestro estilo de vida para ver qué podemos hacer para vivir en buena relación con Dios y con el mundo natural.

El Papa vuelve otra vez en el capítulo 6 a uno de sus temas recurrentes, nuestra “cultura del descarte”. Aquí nos pide a todos que nos neguemos a pensar así dando pequeños pasos hacia una vida más plena y sencilla. Su esperanza es que lleguemos a tomar “conciencia de nuestro origen común, de nuestra mutua pertenencia y de un futuro para compartir con todos”.

Tres principios se destacan como merecedores de atención especial, ya que la carta examina el papel de la Iglesia en los círculos económico, científico, cultural y político. El primer principio es la dignidad de la persona humana, cuyo valor inherente y su destino inmortal es el aspecto racional para una acción medioambiental. El segundo es un énfasis en el imperativo moral de proteger el orden natural. Y el tercero es el reconocimiento de que proteger el medio ambiente no afecta el progreso económico legítimo.

En *Laudato Si'*, el papa Francisco nos llama amablemente a considerar estas enseñanzas morales mediante la oración, la reflexión y la humildad. Nos desafía a repensar la forma en que tratamos los recursos que Dios nos ha confiado. Por ejemplo, ha dicho muchas veces que la comida que desperdiciamos es como robarle el alimento de la mesa a los pobres.

En vez de sentirse abrumado por el tamaño de algunos de nuestros grandes desafíos ecológicos, el papa Francisco nos dice que podemos dar pequeños pasos que ayudarán a que nuestros hijos y nietos disfruten del agua y del aire puro. De pequeñas maneras, podemos dejar el mundo mejor de lo que lo encontramos. Nuestro santo padre nos pide que orientemos nuestros corazones a los demás y que renovemos nuestro compromiso con la práctica de la solidaridad y la interdependencia.

Buscando aplicar las lecciones de esta enseñanza a nuestras vidas, es Cristo mismo nuestro maestro. Jesús nos enseñó que no debemos buscar tesoros terrenales de manera egoísta (Mateo, 6:19). Cuando compartimos generosamente nuestros bienes, mostramos preocupación por los pobres y afligidos y buscamos estructurar nuestra vida humana en armonía con el regalo y el diseño de Dios.